

Martín RODRIGO y ALHARILLA, *La familia Gil. Empresarios catalanes en la Europa del siglo XIX*, Madrid, Lid Editorial y Fundación de Gas Natural, 2010, 231 pp.

En este libro se presenta el recorrido empresarial de dos generaciones de la familia Gil a lo largo del siglo XIX. En el análisis de su trayectoria empresarial se destacan dos aspectos: la forma en que la familia realizó la acumulación del capital original, que no fue distinta al habitual en la época (actividades comerciales, matrimonios...) y la forma en que insertaron su actividad empresarial en el periodo caracterizado por el despegue de la industrialización. En este aspecto, en su vinculación a las actividades económicas del periodo, hay que destacar su intensa y temprana participación en proyectos de carácter innovador. Éste es el elemento que caracteriza la historia de la familia Gil, el que le permite incrementar su patrimonio y el que deja la impronta en las actividades que la segunda generación realizará. Actividades vinculadas a las novedades tecnológicas propias de la época.

Los once capítulos que componen el libro hacen un recorrido por la historia de la empresa familiar sin perder de vista el momento social, económico y político en el que se desarrolla. Prácticamente todos pueden ser leídos de forma autónoma y en cada uno de ellos se encuentra el desarrollo de una historia que conforma un aspecto del entramado empresarial de la familia Gil. El autor tiene la habilidad de crear una atmósfera apropiada en cada uno de los capítulos. Busca la complicidad del lector para digerir la información propiamente histórica a la vez que le ofrece una narración con un punto de suspense que anima al lector a continuar para conocer el desenlace.

Podríamos dividir el libro en dos grandes partes perfectamente trenzadas y armonizadas a lo largo del texto: la que se ocupa de las personas, específicamente de Pedro Gil Babot y sus hijos Pedro, José, Pablo, Claudio y Leopoldo, y la que se ocupa de las principales empresas en las que participaron: la Empresa de la Sal del principado de Cataluña, la Sociedad Catalana para el Alumbrado por Gas en Barcelona, la Compañía General de Minas de Cataluña y Aragón, la Banca Gil en París y la Real Compañía de Canalización del Ebro.

El fundador de la saga familiar, Pedro Gil Babot, es fiel reflejo de la experiencia común a un grupo de hombres de negocios que, en las primeras décadas del XIX, desarrollaron una actividad vinculada principalmente al comercio. Posteriormente, ellos o sus herederos, extenderían sus intereses a la industria y las finanzas, conformando el núcleo central de la burguesía catalana asociada por la historiografía a la Revolu-

ción industrial. Su actividad económica se acompañó en muchos casos de la participación política, pero esta participación política, en general, fue entendida como el acceso a círculos de influencia desde donde favorecer sus intereses. A la vez, los enlaces matrimoniales favorecieron el incremento de las fortunas que se dirigieron hacia nuevas actividades, muchas de ellas innovadoras, con las que se enriquecieron. Pedro Gil Babot y su descendencia representan a la perfección este itinerario descrito. Su primera dedicación al comercio, así como su matrimonio, fueron el origen de su capital. La decisión de participar en política y el temprano intento diversificador en los negocios fueron también características compartidas por los hombres de negocios de la época. Ambas decisiones llevaron a Pedro Gil a ser propietario de barcos, actuar como asentista, comprar fincas desamortizadas y financiar emprendimientos comerciales e industriales. Sus hijos continuaron y expandieron las actividades desarrolladas por el padre, siendo una segunda generación prolífica y productiva. Trasladaron sus negocios a otros puntos de la península y a Europa y fueron, en cualquier caso, tenaces emprendedores. Éxitos y fracasos no resultaron definitivos; algunos negocios procedían del Antiguo Régimen, pero otras de las empresas que iniciaron resultaron ser apuestas de futuro.

La Empresa de la Sal del Principado de Cataluña representa un ejemplo de empresa propia del Antiguo Régimen en la que participó Pedro Gil Babot. La empresa se encargaba de la recaudación de las rentas de la sal en Cataluña. Los episodios sucedidos al calor de esta experiencia, explicados detalladamente en el libro, son ilustrativos de la transformación sufrida por el país en las décadas de 1830 y 1840, así como del modo de hacer negocios en un tiempo que ya se extinguía. De esta experiencia empresarial el lector puede extraer dos conclusiones: las dificultades del naciente Estado liberal para hacer cumplir los contratos y la forma lenta, pero segura, en que los asentistas obtuvieron propiedades desamortizadas, ampliando así su patrimonio.

Sin embargo, si bien hay una parte de la experiencia empresarial de la familia Gil ligada a lo *viejo*, hay otra parte vinculada a las nuevas tecnologías, la innovación y al riesgo de lo *nuevo*. La empresa que mejor representa este aspecto innovador y emprendedor de la familia es la Sociedad Catalana para el Alumbrado por Gas. Fue iniciada por Pedro Gil Babot, quien la fundó de la mano de Charles Lebon. Sin embargo, a posteriori mantuvo un importante pleito con el francés y otros socios, y fue su hijo José quien la continuó. José Gil Serra se ocupó de desarrollar el negocio paterno y además lo extendió y reprodujo su éxito en tierras andaluzas. Constituyó en la década de 1870 la Empresa del Gas de Córdoba, la cual, lo mismo que la catalana, rindió pingües beneficios a la familia.

Otra actividad vinculada al futuro fue la desarrollada inicialmente por Pedro Gil Sierra y luego, tras su fallecimiento, por su hermano Pablo. Se trata de la Casa de Banca de París. Esta área de negocio fue importante para la familia en los años centrales del siglo, sobre todo porque permitió cubrir algunas de las deudas que ocasionaban los negocios en Cataluña. A la vez, el flujo de información que generó en ambas direcciones dio tanto a la familia en Barcelona como en París elementos para poder desarrollar mejor sus negocios. Por otra parte, a partir de la fortuna de Pablo Gil Sierra nace el proyecto de un hospital en Barcelona, el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau, diseñado por el arquitecto modernista Lluís Domènech i Montañ

ner. Así, la familia evidencia ese deseo de la burguesía de la época de dejar huella. Una huella que pervive y que en 1997 fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

El periodo central del siglo XIX es escenario de la fiebre inversora desatada al calor de los transportes. La familia Gil se implicó en las cuestiones ferroviarias participando en el proyecto que aspiraba a unir Barcelona y el campo de Tarragona. La otra apuesta importante en el terreno de las comunicaciones fue la Real Compañía de Canalización del Ebro, cuyo objetivo inicial era convertir en navegable dicho río. Ninguna de las dos empresas relacionadas con las comunicaciones tuvo éxito y la participación de los Gil se saldó con relativos fracasos en los que incluso se perdió una buena parte del capital invertido. Por otra parte, la fiebre minera también fue una apuesta de la familia a mediados del siglo XIX en primer lugar a través de la Compañía General de Minas de Cataluña y Aragón. Esta empresa no llegó a concretarse; sin embargo, el interés por la minería se mantuvo y una década más tarde se inició la explotación de unas minas en la provincia de Girona, las Minas de Osor. Encomendada esta iniciativa a Claudio Gil Serra, que había estudiado ingeniería en Francia, fue un mal negocio del que se desprendieron en 1857. Estos proyectos fracasados ilustran una realidad que muestra cómo detrás de cada éxito hay numerosos fracasos y que muchas veces en la historia empresarial se dan a conocer lo suficiente, entre otras cosas porque la evidencia documental de los fracasos es menor.

Martín Rodrigo es un experto en las redes que enlazan empresas y empresarios en el siglo XIX. Su erudición, producto del exhaustivo conocimiento de archivos desperdigados por toda la geografía no sólo española sino también de Europa, América y Filipinas, le permite manejar con soltura las relaciones entre los individuos que analiza y a los que retrata con sagacidad y respeto. Las virtudes burguesas, la prudencia entre ellas, están bien retratadas en el libro, a la vez que ofrece información también de las miserias, tan humanas. Martín Rodrigo, en este libro, aúna la rigurosidad del académico con la amenidad del literato, de manera que aunque en ningún momento es posible olvidar que está leyendo un relato histórico, se aproxima a la novela. Es sin duda un trabajo muy acertado, que viene a llenar un hueco en el estudio de las dinastías empresariales y que es de indudable interés.

YOLANDA BLASCO